



Mateo 5:1-5; Lucas 6:20,21



Este es el primero de los grandes discursos de Jesús reflejados en los evangelios, llamado comúnmente el sermón del monte.

Fue dado a una multitud de gente entre la que se encontraban también los discípulos del Señor.

Existe una discusión de si Mateo y Lucas tratan del mismo discurso. Mateo habla de que el Señor “subió al monte”, pero Lucas dice Jesús se detuvo en un “lugar llano”.

Pero los trataremos como el mismo mensaje.

Harvey McArthur escribió sobre el sermón del monte: “Si un hipotético visitante de Marte (viniera a visitar) una característica comunidad cristiana después de haber leído el sermón del monte, quedaría perplejo por el contraste. El abismo entre el sermón del monte y la norma de la vida cristiana convencional es tan grande, que el visitante sospecharía haber leído el sermón equivocado, o haber llegado extraviado a otra comunidad” (“Entendiendo el sermón del monte”.Pag. 105, 106)

Las bienaventuranzas

“Bienaventurados” (“makários”): “Describe al hombre a quien Dios bendijo de modo singular..

El griego describe un estado, no de sentimiento interior de aquel a quien se aplica, sino de condición bendita desde un punto de vista ideal según el juicio de otros” (Donald Carson - “Comentario Bíblico del Expositor: Mateo”. Pag. 147).

“Era un término que los griegos utilizaban para decir, por ejemplo, que son felices los que disfrutaban de bienes materiales, los hijos, cónyuge, la soltería, las riquezas, el buen entendimiento, la fama, la

rectitud, el ser liberado de la muerte” (“Compendio del Diccionario Teológico del NT” - Gerhard Kittel. Pag. 538).

“Un privilegiado recipiente del favor divino” (Diccionario BDAG).

El erudito griego Spiros Zodhiates, en su trabajo “La búsqueda de la felicidad”, escribe al respecto: “Los griegos emplearon el adjetivo ‘Makários’ no sólo para describir a los dioses sino también a los muertos benditos. La idea era que los muertos no estaban aniquilados sino transferidos de una esfera a otra, donde no estaban sujetos a la miseria ni al sufrimiento. El mundo más allá era el mundo de los dioses, y por ende el mundo de la bienaventuranza”.

En el principio de este “sermón del monte”, Jesús describe a las personas bajo el favor de Dios, aquellos a los que Dios mismo considera cerca suyo, favorecidos por él. Los felices, benditos, bienaventurados, más favorecidos, no según el mundo, sino según Dios. Los privilegiados para decirlo de alguna manera. Aquellos a los que les irá bien, según el Creador del Universo.

Estos que enumerará Jesús son los “bienaventurados”, los favorecidos, según Dios.

Hay una gran diferencia entre enseñar “como” ser salvo a “quienes” serán salvos.

Jesús no explicaba “cómo” ser salvo, sino qué tipo de personas, “quienes” serán salvos.

Mateo 5:3

Lucas 6:20 dice solo “los pobres”, pero Mateo completa con “los pobres en espíritu”.

Jesús les “llama ‘bienaventurados’ por ser pobres en espíritu, no en espiritualidad, sino con respecto a sus espíritus. Esto es: son los que se han convencido de su pobreza espiritual. Han llegado a ser

conscientes de su miseria y necesidad. El viejo orgullo ha sido quebrantado. Han comenzado a clamar: “Oh Dios, sé propicio a mí, pecador” (Lc. 18:13). Tienen un espíritu contrito... Comprenden su completa miseria (Romanos 7:24), y nada esperan de sí mismos, todo de Dios.

De ellos, solamente de ellos, es ya ahora el reino de los cielos, esto es, la completa salvación, la suma total de las bendiciones” (William Hendriksen - “Comentario de Mateo”. Pag. 203).

Ellos son lo exactamente opuesto a la autosuficiencia. Ellos se declaran en bancarrota espiritual. No pueden solos. Lo saben y lo reconocen.

Donald Carson: “Es confesar ante Dios no ser dignos, y depender absolutamente de él...”

El Reino de los cielos no se da sobre la base de raza, méritos alcanzados, celo militar y proezas de celotes, ni la riqueza de Zaqueo. Se da a los pobres, a publicanos despreciados, a prostitutas y a todos aquellos que son tan ‘pobres’ que saben que no pueden ofrecer nada ni intentan hacerlo. Solo se oye su clamor por misericordia” (Donald Carson - “Comentario Bíblico del Expositor: Mateo”. Pag. 148).

Por esto Pablo escribió: 1 Corintios 1:26-29.

Son estos los que se vuelven a Dios en busca de salvación. Y no solo esto, sino que cada vez que confiamos en nosotros mismos, en vez de ser conscientes de nuestra pobreza, nos alejamos de él.

¿Quieres una perfecta comunión diaria con el Señor? ¿Quieres disfrutar de Su Palabra cada día? ¿Quieres experimentar sus fuerzas ante toda tentación?

Hay una sola manera: **HUMILLACIÓN, ARREPENTIMIENTO Y DEPENDENCIA.**

1 Pedro 5:5

Esta es la gran y verdadera división de la humanidad: los “soberbios” y los “humildes”.

Los que creen que pueden solos y los que vana al señor en busca de Su salvación y providencia.

En el sentido más estricto no existe la división entre buenos y malos. No existen las personas buenas. Jesús le dijo al joven rico: “Ninguno hay bueno, sino solo Dios” (Lucas 18:19).

Nadie se va al infierno por ser más débil que los demás. Se va al infierno por creer que puede por sí solo. Por su autosuficiencia. Porque en su ceguera no puede ver la necesidad que tiene de Dios. Lo cual es soberbia.

El Señor no espera ver nuestra fuerza, cualidades, ideas, persistencia, bondad o grandeza. EL SEÑOR FORMA EN NOSOTROS UN CORAZON RENDIDO, SUMISO, HUMILLADO Y DEPENDIENTE.

Salmo 51:17

Estos son los “pobres en espíritu”. Y “de ellos es el reino de los cielos”. O en otras palabras, con ellos habita Dios:

Isaías 57:15

A un pueblo humillado y necesitado

Las dos “bienaventuranzas” siguientes siguen describiendo al mismo tipo de persona: “los que lloran” y los “mansos”.

“los que lloran”: en la época en la que Jesús pronunciaba estas palabras el pueblo de Israel estaba oprimido por los romanos. Dios había dejado de hablarles por alrededor de 400 años y habían sufrido el yugo, primero del imperio de Media y Persia, y luego de Grecia.

Todo este sufrimiento tenía una causa: El pecado de Israel había apartado a Dios de su pueblo. Todo esto era una consecuencia de su pecado. Estaban bajo el castigo de Dios.

Por esto el llamado de los profetas era de arrepentimiento, lloro, humillación y clamor por misericordia.

Joel 2:17, 18. Ezequiel 14:6

En este contexto Jesús dice: “Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación”.

Es un llanto de humillación, reconocimiento por el pecado, dolor, y en busca de socorro.

A estos, los que clamaban por REDENCIÓN, a estos les vino a traer CONSOLACIÓN.

Isaías 61:1-3

El venía a personas como Simeón: Lucas 2:25-30; y Ana: Lucas 2:38.

Martyn Lloyd Jones: “En realidad el mundo consideraría y consideraría una afirmación como ésta como ridícula en grado sumo ¡Felices son los que lloran! Si hay una cosa que el mundo trata de evitar es el dolor; todo el mundo está organizado basado en la idea de que hay que evitar el dolor. La filosofía del mundo es, olvidense de los problemas, vuélvales la espalda, hagan lo posible para evitarlos. Las cosas ya son de por sí lo bastante malas para que uno vaya en busca de problemas, dice el mundo; por tanto, traten de ser lo más felices que puedan. La organización de toda la vida, la manía por los placeres y el dinero, la energía y entusiasmo que se gastan en entretener a la gente, todo ello no es más que expresión del objetivo del mundo, de huir de la idea del dolor y de este espíritu del dolor” (“El sermón del monte”)

Esto es exactamente lo que está haciendo gran parte de la Iglesia de hoy en día: huye del sufrimiento, la convicción de pecado, la humillación y las predicaciones que hagan sentir mal a las personas.

Pero si queremos profundidad en Dios, la profundidad es hacia abajo.

Gran parte de la Iglesia de hoy en día es como la de Laodicea: Apocalipsis 3:15-20.

De la misma manera también les dice “bienaventurados” a los “mansos”.

“mansos” (“praeis”): “humilde, apacible, manso”.

William Hendriksen: “Hay muy poca diferencia entre ser ‘pobre en espíritu’ y ser ‘manso’.” (“Comentario de Mateo”. Pag. 205).

Martyn Lloyd Jones: “La mansedumbre es básicamente tener una idea adecuada de uno mismo, la cual se manifiesta en la actitud y conducta que tenemos respecto a otros. Es, por tanto, dos cosas. Es actitud para conmigo mismo y manifestación de esto en mi relación con otros. Se ve, pues, como se sigue por necesidad el de ser ‘pobres en espíritu’ y del ‘llorar.’ Nadie puede ser manso si no es pobre en espíritu. Nadie puede ser manso si no se ve a sí mismo como vil pecador. Esto viene primero. Pero cuando he llegado a esa idea adecuada de mí mismo en función de pobreza de espíritu y lágrimas por mi condición de pecador, paso a comprender que también tiene que haber ausencia de orgullo. El manso no es orgulloso de sí mismo, no se gloria nunca en sí mismo. Siente que no tiene nada de qué enorgullecerse” (“El sermón del monte”).

El está rendido, humillado, dependiente de Su Señor. Dócil. Salmo 32:8-10

Conclusión

¿Cómo es el pueblo del Señor?

Un pueblo cuya es Jehová. Débiles, pobres en espíritu, humillados, quebrantados, perseguidos..... PERO FUERTES EN DIOS.

2 Corintios 6:4-10